

**Cesáreo González Rodríguez** (Vigo, 1903; Madrid, 1968)

De origen campesino, emigra muy joven a Cuba y posteriormente a México. Retorna a Galicia, en 1931, con capital suficiente para adquirir una agencia de publicidad y la conocida sala de fiestas viguesa “Savoy”. Más tarde se hace cargo de la representación de Citroën en Galicia, obteniendo importantes resultados económicos. Durante una breve etapa preside el Real Club Celta de Vigo.

Después de la Guerra Civil se decide a invertir en el campo cinematográfico tras conocerlo por casualidad en 1940 durante el rodaje en Galicia de *El famoso Carballeira*, dirigida por Fernando Mignoni. Decidido ya a introducirse en la industria, promueve la producción de *¡¡Polizón a bordo!!* (Florián Rey, 1941), película inspirada en su propia aventura migratoria. Este mismo año registra la marca comercial Suevia Films, situando su sede en la madrileña Avenida de José Antonio.

Con escasos colaboradores a su alrededor, González da señales de flexibilidad para acomodarse a las condiciones de la cinematografía posbélica y, sobre todo —a pesar de su muy escasa—, de una irresistible personalidad y singular imaginación para buscar salidas comerciales a sus productos. En principio, por ejemplo, trata de mantener en lo posible los lazos con la cinematografía republicana, contratando al actor Miguel Ligeró (*El rey de las finanzas*, Ramón Torrado, 1944) y a la afamada Imperio Argentina (*Bambú*, José Luis Sáenz de Heredia, 1945) y participando incluso en títulos argentinos de la misma actriz producidos por Ricardo Núñez y dirigidos por Benito Perojo. Pero Cesáreo sabe poner en pie asimismo proyectos acordes a las expectativas de los organismos oficiales como *El abanderado*, dirigida por Eusebio Fernández Ardavín, en 1943. Sus estrechas relaciones con el Régimen quedan patentes sobre todo en el interés con que algunas de sus solicitudes (incluso rectificaciones públicas de ciertas críticas) son atendidas, aunque ciertos problemas con la censura —como el conflicto jurídico a raíz de *La fe* (Rafael Gil, 1947)— indican sin embargo divergencias mayores de las tradicionalmente consideradas.

La explotación internacional de sus títulos le preocupa especialmente. Lo intenta a través de historias capaces de suscitar la nostalgia del público gallego emigrante en la América hispana (*Mar abierto*, Ramón Torrado, 1946), y, simultáneamente, contratando a la actriz británica situada en Hollywood Madeleine Carroll para protagonizar la “superproducción histórica” *Reina Santa* (Rafael Gil, 1947). Finalmente, esta película de alto presupuesto fue interpretada por Maruchi Fresno ante el “plantón” de la británica, pero el *affaire* creado será utilizado en publicitario beneficio.

Sin esperar más, a comienzos de 1947 González amplía decisivamente sus actividades, convierte su empresa en una Sociedad Comercial Limitada (“Suevia Films. Distribuciones cinematográficas”) e inicia un largo viaje por el continente americano que le permite, vía empresas asociadas o delegaciones directas, establecer contactos de distribución (y/o coproducción) con Hollywood (a través de Columbia Pictures), Argentina o México. Convencido de la necesidad de estrellas transnacionales, contrata a la mexicana María Félix (*Mare Nostrum*, Rafael Gil, 1948) y hace de ella el auténtico centro de atención periodística en una España gris y monótona, iniciando una larga y compleja relación profesional (*Una mujer cualquiera*, Rafael Gil, 1949; *Faustina*, José Luis Sáenz de Heredia, 1956). A finales de la década de los cuarenta, fruto de su manía exportadora, sus películas comienzan a estrenarse más o menos regularmente en Londres, Nueva York, París, México, Buenos Aires...

El decenio siguiente es el de la definitiva eclosión de Cesáreo González. Decidido a consolidar un *star-system* propio, rentable dentro y fuera de nuestras fronteras, hará de la firma de los contratos un auténtico espectáculo “mediático”. Así, por ejemplo, el que liga

en exclusiva a Lola Flores con Suevia por dos años y cinco películas, recibiendo la “bailaora” cinco millones de pesetas, legalizado a finales de 1951 en el Museo de Bebidas de Perico Chicote (la “segunda sede” de la productora), obtiene una publicidad extraordinaria. González le impone a Flores, desde ese instante, un altísimo ritmo de trabajo filmico y promocional (*La niña de la venta*, Ramón Torrado, 1951; *¡Ay pena, penita, pena!*, Miguel Morayta, 1953). Carmen Sevilla (desde 1951), Paquita Rico (desde 1953) o Maruja Díaz más tarde, proseguirán el camino ya iniciado, que constituye una de las grandes vetas productivas de la empresa.

Buscando mantener un dificultoso equilibrio entre las tendencias que emergían en el cine español, vanidosamente deseoso también de calar las voces que criticaban su cine rutinario y pueblerino, participa en célebres títulos de Juan Antonio Bardem como *Muerte de un ciclista* (1955) o *Calle Mayor* (1956, coproducción francesa que González saca de España de contrabando ante la negativa de las autoridades a presentarla al Festival de Venecia) y produce directamente otros del mismo autor o, por ejemplo, la fascinante *Fedra* (Manuel Mur Oti, 1956). Paralelamente coproduce, entre 1952 y 1965, hasta doce filmes con Benito Perojo P.C., la otra productora de política expansionista con la que establece las más variadas y complejas compraventas de derechos, transacciones y acuerdos privados (*Violetas imperiales*, Richard Pottier 1952; *Morena Clara*, Luis Lucía, 1954).

Al mismo tiempo que colabora en el asentamiento español de Samuel Bronston, González encuentra en Joselito —como después en Marisol, ya a comienzos de los sesenta— un filón de extraordinario rendimiento. Tras *El pequeño ruiseñor* (1956), lo contrata en exclusiva y realiza nueve películas convertidas casi siempre en éxitos que favorecen, además, la introducción en nuevos mercados internacionales. Y algo similar sucederá con Sara Montiel (*Mi último tango*, Luis César Amadori, 1960; *La reina del Chantecler*, Rafael Gil, 1962), títulos que se llegan a vender con inusitados resultados incluso en países del Este.

Contradictorio en todo salvo en la obtención de dividendos, adorado y odiado a partes iguales por “sus” actrices, falangista de primera hora y después orgulloso embajador por el mundo de la España franquista (distribuye películas españolas en 108 países), fallece sin embargo después de tener firmado con ese “mal español” que según el dictador era Luis García Berlanga un importante contrato para cuatro películas. Fallecido en 1968 no llegará ya a ver *su* demoledora *Vivan los novios* (1970).